EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA SEXTA PARTE DEL MUNDO,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

Juan Cataluña

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1870.

21

CATALOGO

D LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e
ahijado de todo el mur
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésd
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos espa
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey Rene.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el a
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluv
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern lo
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenc
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perdi s.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla fego
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Rif.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
3159.

LA SEXTA PARTE DEL MUNDO.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasextapartedelm00cata

LA SEXTA PARTE DEL MUNDO,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN CATALINA.

Estrenada en el Teatro Español a beneficio de la primera actriz Doña Matilde Diez, en la noche del 19 de Abril de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870

PERSONAJES.	ACTORES
LA BARONESA.....	SRAS. DIEZ.
CAROLINA.....	BOLDUM.
ANTONIA.....	GUERRA.
FABIERES.....	SRES. CATALINA (D. M.).
EL CONDE DE LAC.....	FERNANDEZ.
ARTURO.....	PASTRANA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gabinete pequeño separado de los salones de baile por un corredor.—Puerta al foro; otra secreta á la derecha del espectador; ventana á la izquierda.—Muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA, el CONDE.

Entran por el foro en traje de baile. El Conde da el brazo á la Baronesa. Al entrar se ve por las puertas del foro un gran salon iluminado, y el esplendor de una gran fiesta. Las puertas se cierran detrás de ellos.

CONDE. Pero qué capricho, Baronesa! Adónde me conduce usted?

BAR. Á este pequeño retiro, donde podremos estar en completa seguridad.

CONDE. Y qué vamos á hacer aquí?

BAR. Usted va á hacerme la córte para sostener su reputacion del caballero más galante de la Francia, y yo á esperar tranquilamente á mi hijo, que no tardará en venir.

CONDE. Ah, Baronesa! Caballero galante! Aseguro á usted que la burla, á salir de otra boca, tomaria para mí el ca-

720636

rácter de epígrama sangriento! Caballero galante!... Lo fuí! Oh, sí, lo fuí! y el terror de tutores, maridos y hermanos!... Sólo que desde entónces á hoy, no han trascurrido más que treinta y cinco años! Se acuerda usted, Baronesa, de mis escarceos y aventuras? Qué Lovelace! Hasta usted misma fué víctima en un tiempo de mis libertinas tentativas!

BAR. Conde, Conde, por Dios! Yo era una criatura en la época que usted cita!

CONDE. No, perdone usted, el baron me provocó á un duelo.

BAR. No me extraña; tenia horror á los tontos...

CONDE. Baronesa!...

BAR. Quiero decir, á los amigos moscas; y como usted no se separaba un instante de nuestro lado...

CONDE. Ay! aquello acabó! Qué queda hoy de mi antiguo esplendor? Un escudo de armas.

BAR. Eso es; dos dientes postizos y una peluca en campo de arrugas.

CONDE. Y el hastío, el aburrimiento que inspira el refinado egoismo de la generacion actual. Todo para ellos!... Mequetrefes insustanciales!... Sin respeto á las tradiciones. Y ellas? Coquetas sin fundamento, que prefieren el brillo de una juventud trasnochada á la galantería de los hombres hechos!

BAR. (No; deshechos.)

CONDE. Así es que la série de desengaños que voy sufriendo por doquiera, concluirá por agriar mi carácter; por amargar lo que me resta de vida... aunque, gracias á Dios, no soy tan viejo todavía.

BAR. No, cá!

CONDE. Y quiere usted que me divierta? Que no rabie? Pues sí, señora, rabio, rabio, me desespero!... excepto á su lado, que estoy amable...

BAR. Sí, como un cardo.

CONDE. Bueno; pues aunque así sea, de qué nos sirve á nosotros ser amables? Á nuestra edad, Baronesa...

BAR. Condecito, Condecito de mi alma, hable usted en sin-

gular... hágame usted el favor...

CONDE. Vaya, pues buenas noches; me permitirá usted que me vaya á acostar.

BAR. Entónces, para qué ha venido usted al baile del ministro?

CONDE. Para lo que voy á todas partes... para aburrirme... para ver á los otros cómo liban la miel, mientras ni aun puedo descubrir siquiera en dónde está hasta que no han dejado gota!... Luego tengo que contentarme con que alguna contemporánea me ruegue que la haga la córte para entretenerla!

BAR. Muy fino, condecito, muy fino y muy delicado!...

CONDE. Perdone usted, Baronesa; pero la desesperacion me hace decir unas atrocidades...

BAR. No, usted no necesita desesperarse ..

CONDE. Sí, eh? Pues mire usted, ni yo las diria, ni usted tendria necesidad de escucharlas, si uno y otro hiciésemos lo que nuestra edad y nuestra posicion aconsejan, que es estarnos muy quietecitos en el rincon de la chimenea sin pensar en bailes ni en...

BAR. Galante... galante... cada vez más, y suave como un manojo de ortigas.

CONDE. Me permite usted que me vaya á acostar?

BAR. Buen oso va usted á meter en la cama!...

CONDE. Señora!

BAR. No, si nosotros no podemos enfadarnos; no se canse usted; he dicho que le necesito á usted hasta que mi hijo llegue...

CONDE. Y dónde está ese perillan?

BAR. Ha ido á comer con unos amigos.

CONDE. Amigos!... Ya, ya! Á su edad tambien comia yo con los amigos.

BAR. Aún no se habian inventado los rabioles, creo?

CONDE. Pero Baronesa!...

BAR. Já! já! Pobre Conde! Cuánto le agradezco á Arturo el rato que me deja pasar á su lado de usted.

CONDE. Pues en justa compensacion le diré á usted que apos-

taria cuanto poseo á que su Arturito no se halla con tales amigos á estas horas, sino en los bastidores de la Ópera.

BAR. Hola! es aficionado?...

CONDE. Á la ópera no... al baile, ó más bien á las bailarinas... es el coquito!

BAR. Oiga!

BAR. Si hasta á mí dejan todas en cuanto aparece él!...

BAR. Horror! Pues bien, amigo Conde; óigame usted: entre mil apreciables cualidades que en usted brillan, la más importante en su experiencia.

CONDE. (Demonio de mujer!)

BAR. Hoy necesito de ella. Aconséjeme usted.

CONDE. Será indiscrecion preguntar á usted si habla con formalidad, Baronesa?...

BAR. Con toda formalidad.

CONDE. Estoy á sus órdenes.

BAR. Conde, soy presa de la más violenta desesperacion. Las personas á quien más amo en este mundo me engañan sin conciencia.

CONDE. Sí?

BAR. Mi hijo el primero.

CONDE. Es posible?

BAR. Fabieres, su sobrino de usted, y mi ahijado, es tambien del complot.

CONDE. El subsecretario?

BAR. El mismo; y Carolina su linda esposa; Carolina, á quien puede decirse que yo he casado....

CONDE. Sin faltar á la verdad.

BAR. Que me debe un marido casi modelo.

CONDE. Si... casi ..

BAR. Que ha tenido siempre en mí una madre que se hubiese arrojado al fuego por ella... pues tambien me engaña, ella completa el triunvirato..

CONDE. Espanto!... Y qué es lo que hacen?

BAR. Creo que lo comprenderá usted aunque le cueste trabajo...

CONDE. Eh?

BAR. Pues figúrese usted, Conde de mi alma, que hace un año que sueño con ver á Arturo agregado á una embajada. Ya comprenderá usted el sacrificio que quiero imponerme separándome de lo único que me resta en el mundo. Pero mi hijo ántes que todo. Tiene veinte y seis años, y es tiempo de verle debutar en una ocupacion formal. Nada que me horrorice tanto, Conde, como la ociosidad de nuestra juventud acomodada; esos hombres ya robustos para llevar el peso de los negocios, bastante inteligentes para contribuir en lo posible al bien de su patria, y que pasan la vida levantándose á las dos de la tarde, fumando, montando á caballo, volviendo á fumar, cambiando de traje y archifumando... Horror! Prefiero ver á mi hijo peon de albañil, lo juro!

CONDE. Ah! cuando yo le decia á usted, Baronesa, que las gentes de hoy dia no sirven para nada!... Nosotros! Oh! nosotros! Uf! nosotros.

BAR. Bien; pues su sobrino de usted y mi ahijado, el subs secretario de Estado, en cuyo ministerio disfrutamos de este baile...

CONDE. Es decir, nosotros no disfrutamos; ellos son los que se divierten...

BAR. Es igual. Fabieres, repito, ese grande hombre, indispensable hoy para la Francia, que es una verdadera potencia en el departamento de negocios extranjeros que será ministro cuando quiera, tal crece su reputacion de inteligencia y habilidad, sin que esto impida que en sacándole de su despacho sea bien poco listo en los demas asuntos de la vida...

CONDE. Verdad... verdad... sacándole del Ministerio el fénix se convierte en pavo... sin trufar.

BAR. Pues bien, ese fénix me habia prometido el nombramiento de mi hijo, tanto más fácil de conseguir, cuanto que á su influencia debia unirse la de Carolina, que es hermana del ministro. Con semejantes puntales cómo

podia venirse abajo el edificio?

CONDE. Pero, Baronesa, qué ocasion más oportuna que la de hoy, en que deben quedar nombrados desde el ministro hasta el último agregado de la embajada de Madrid?

BAR. Pues ahí está mi negocio; yo lo dejé todo perfectamente dispuesto á mi partida á Lyon hace un mes. Esperaba tener el nombramiento á mi vuelta, y al llegar me enteró de que no hay ni aun esperanzas. Segun parece, Arturo ha tomado el asunto con una frialdad pasmosa... y yo, que veo algo lejos, creo descubrir en esto un empeño premeditado de no salir de París. Porque ademas parece que se ha propuesto desagradar á Carolina, que, segun informes, está furiosa con él, y lejos de protegerle influye para que no sea nombrado.

CONDE. Callla, calla!...

BAR. Cuando adquirí estas noticias corrí desolada á casa de Fabieres... no estaba. . al ministerio... tampoco... y héteme aquí desde ántes de ayer sin haber podido echarle la vista encima. Qué habrá hecho, en qué habrá pensado este pícaro hijo que Dios me dió? Es indudable que alguna razon poderosa le clava en París, y que no ha pensado un momento en sostener su pretension ni en hacer la córte á Carolina como era de su deber...

CONDE. La córte á Carolina? Tá, tá, tá... hubiese perdido el tiempo.

BAR. Lo cree usted? Usted, que conoce á las mujeres?

CONDE. Mi sobrina no se paga de esas puerilidades...

BAR. Puerilidades? Así llama usted á mimar, agasajar, y revolotear alrededor de una chica de veinte años?

CONDE. Que á pesar del abandono en que la tiene su marido, empapado dia y noche en sus negocios, es un dragon de virtud!

BAR. No digo lo contrario; pero una galante asiduidad siempre halaga, sobre todo cuando no hay doble intencion!...

CONDE. En nuestros tiempos, Baronesa, no digo que no .. pero hoy!... Esta es una generacion insustancial, créalo usted, las gentes de entónces... oh! nosotros eramos más

asequibles, más cándidos, más sentimentales... nos dejábamos alucinar con una facilidad... se acuerda usted?

BAR. Dale! Conde, hable usted en singular, por Dios! Usted se dejaria alucinar fácilmente...

CONDE. Verdad, usted siempre fué una virtud romana!... Ah! Á qué hora quiere usted que yo me acueste hoy, Baronesa?

BAR. Cuando me haya usted dado el consejo que le he pedido.

CONDE. Pues ya está... Haga usted lo que le parezca, y buenas noches.

BAR. Adios, coqueto viejo y desengañado; cuando se muera usted haré que lo disequen para ponerle en la historia natural con mi perro Chihuahua.

CONDE. Muchas gracias.

ESCENA II.

La BARONESA.

Já! já! Qué original se ha vuelto el pobre Conde! De veras que me haria morir de risa á no hallarme tan preocupada... Qué será? Alguna intriguilla... algun devaneo amoroso... Sí, este es el móvil de la conducta de Arturo... estoy segura... y tendré que enterarme minuciosamente... Ah! pícaros muchachos!... Á qué cosas obligais á las pobres madres!... En fin, preparémonos... Ahí está. Da principio la campaña.

ESCENA III.

BARONESA, ARTURO.

ART. Mi madre! (Á la puerta.) Y está encantadora con ese traje. Oh! Pero encantadora!...

BAR. Qué dice?

ART. Mucho cuidado, Baronesa; está usted esta noche tan admirablemente hermosa, que temo me la roben á usted.

BAR. Habrá socarron!...

ART. No, es de veras.

BAR. Eh! Calle usted! Sí, pues me tiene usted contenta para venirse con zalamerías de tan mal gusto...

ART. Qué te he hecho yo, madre mia, para merecer ese enojo? (Arrodillándose á sus piés.) Te juro que me han calumniado, que tratan de indisponerme contigo. No lo crees? Á ver, mírame de frente y dime en qué consiste mi delito.

BAR. De frente y de perfil siempre le diré á usted que es un hijo ingrato, que tiene á su madre muy enfadada, (Dulcificándose poco á poco y cambiando de repente de tono.) muy... Oh! Pero qué guapo estás, Arturo mio! Cómo te adora tu madre!... Es decir, no; tu madre te aborrece. Pero te quieres levantar y no aplastarme el vestido de ese modo?

ART. Y qué bonito color!... Le ví el otro dia; llamaba la atencion en el escaparate de madame Fayer, al fin del Boulevard, una casa donde hay una chica rubia, rubia como una alemana y lánguida como una inglesa.

BAR. Vaya, ya veo en qué has pasado el tiempo durante mi ausencia; en pasear los boulevares y atisbar las muchachas de las tiendas.

ART. Las rubias, nada más que las rubias.

BAR. Basta, caballerito. Repito á usted que no estoy para bromas... que su conducta de usted me hace sufrir horriblemente, que soy muy desgraciada, y que usted tiene la culpa.

ART. Yo, madre mia! Pero hablas de veras? Es posible que la sombra de una lágrima se asome á tus ojos arrancada por mí y que yo no parta en mil pedazos mi corazon para enjugarla? Habla, madre mia, por Dios; qué tienes? Qué he hecho yo, miserable de mí, para que sufras de ese modo?

BAR. Pobre hijo de mi alma! (Atrayéndole á sí con efusion.) No, yo exagero tal vez... Las madres vemos tantos peligros en la cosa más sencilla!... Ah! Tú no puedes comprender todos nuestros sufrimientos al veros desaparecer

en esa misteriosa region, círculo oscuro é impenetrable para nosotras, que forman las gentes de vuestra edad! Le entregamos un corazon que hemos alimentado con la vida del nuestro, que hemos acariciado, visto crecer, dirigido por el camino del bien... Como le volveremos á encontrar? Muchas veces indigno de nosotras, lacerado por mil horribles heridas á las que la mano de una madre no puede llegar!... Dichosas al fin, si aquella pobre alma, en la que tanto tiempo hemos reinados solas, nos guarda por compasion algun oscuro rincon donde podamos entrar, aunque sea con el carmin del rubor en el rostro.

ART. Ruborizándose? Tú!

BAR. Quién sabe! Podemos adivinar en qué compañía nos vamos á encontrar allí?... Ahora te digo yo, mírame de frente. Te atreverias á enseñarme mis rivales?

ART. Tus rivales?

BAR. Ó mi rival sencillamente. Ó es que te vas á atrever á negarme que la tengo? Aunque ignorase que la mayor parte de los jóvenes de tu edad hacen de ciertos estravíos un puntillo de honra, bien mal entendido por cierto, tu deseo, tan bien manejado en estos dias, de no salir de París, me iluminaria lo suficiente para comprender que el móvil de tu conducta es una razon de amor.

ART. Cómo! Imaginas?...

BAR. Imaginar? No. Sé positivamente, hijo mio, que es verdad lo que te digo. Y hé ahí la causa de mi tortura... qué amor es ese? Quién le ha encendido en tu pecho? Arturo, Arturo mio! Pon término á la angustia que me devora... ya puedes comprender que no es una confianza entera lo que te exijo... Puedes asegurarme que jamás asociarias tu nombre y el mio á aventurillas de baja especie?... que jamás?...

ART. No prosigas, madre mia. Si la moda y la corriente de mi posicion me llevan alguna vez á la sociedad de virtudes dudosas, cosa que ningun jóven puede evitar,

yo te juro, y puedes creerme, que á sentir la pasion de que me crees esclavo, no es en tales sitios donde hubiera podido sentirla; y que estimo demasiado mi nombre y el tuyo para poder vivir con mi indiferencia ó con mis pasiones en otra esfera que en la que tú me has colocado y de la que no saldré jamás. Basta esto para tranquilizarte?

BAR. No, no; al contrario, ahora estoy más intranquila que ántes. No sé qué preferiria; si llorarte víctima de un amor de pacotilla, ó verte delante de mí, á mi propio alcance, en el mundo honrado en que yo vivo, en el respetable círculo de mis relaciones y afectos, sembrando el desórden y la vergüenza en el seno de una familia virtuosa y noble, ó causando la desesperacion y la muerte de algun hombre honrado.

ART. Oh! qué suposicion!... (Confuso.) Yo te aseguro, madre mia, que te inquietas sin motivo...

BAR. Sin motivo! Pero entónces, cómo entenderte? Es una muchacha soltera?

ART. Qué empeño!...

BAR. Por qué no has de ser franco? Es soltera?

ART. Supongamos que es viuda. Nada más que suponer, eh?

BAR. Una viuda!... vaya, al fin y al cabo una viuda... no puede perjudicar á nadie más que á sí misma... no hay iguales prós é iguales contras que en las demas... no... no... hay más prós que contras. Oh! sí, decididamente nosotras tenemos prós, y en último extremo se la puede llevar al altar; no es así? Tú piensas casarte con ella?

ART. Ay, mamá, qué atrocidad!

BAR. Cómo! (Séria.)

ART. No, quiero decir... (Confuso.) que no he pensado nunca...

BAR. Entónces qué es lo que me está usted contando? (Levántándose.) Déjame! Vete!

ART. (Reponiéndose.) Vaya, madre mia, vas á enfadarte por una pasioncilla sin fundamento, que ni ha tenido ni puede tener más consecuencias que las de un pasatiempo!...

BAR. Nada más? (Mirándole fijamente.)

ART. Nada mas.

BAR. No me engañas?

ART. Te lo juro.

BAR. Es decir, que se trata solamente de una fantasía romántica, de un idilio pastoril completamente honesto y honrado?

ART. Así es; y no otra cosa podia esperarse tratándose de un corazon leal y virtuoso, aunque tan inquieto, tan delicado...

BAR. Sí, Sí, ya comprendo; un corazon de ángel, sin faltarle nada más que las alitas, no es verdad? Pero en ausencia de las verdaderas ya se las pondrás tú de papel dorado como todos los amantes de tu edad. Sigue... sigue... y está en el baile?

ARA. (En tono confidencial.) No, pero espero tener esta noche noticias suyas. Mas que eso, confio en obtener hoy mismo una cita... la primera...

BAR. Cómo?

ART. Sí, la primera. Hasta hoy no me ha sido posible conseguir de ella más que esperanzas... esperanzas, eso sí; pero ni la menor prueba, ni la más pequeña distincion... la desdichada lucha entre su conciencia y mi amor.

BAR. Arturo, Arturo, ya te he dicho que te hacia gracia de los detalles. .

ART. Pero no te quejarás ahora de mi falta de confianza.

BAR. Bien; pero y cómo sabrás?...

ART. Un medio ingenioso inventado por ella... Oh! no hay como las mujeres para inventar diabluras!...

BAR. Pero qué medio es ese?

ART. El medio es un anillo. Un magnífico rubí que segun brille ó no brille esta noche en el dedo del marido, querrá decir...

BAR. Del marido? Cómo! Acabas de decir que es viuda!...

ART. (Turbado.) Sí, sí; es que he dicho mal... porque el marido... Sabes?... quiere decir... El enigma está en

que... hay un cierto pretendiente... un pretendiente formal... á quien llamamos el marido, porque el pobre hombre está muy persuadido de llegar á serlo... y á ese es á quien yo aludia... pero como tú ignorabas...

BAR. No, hijo, no; no ignoro nada. Al contrario; cada vez veo más claro en este asunto... Quizá más de lo que deseaba!... Conque es decir que esos son todos los graves negocios que ocupan tu existencia?... Tan poco aprecio sientes por tí mismo, que no te avergüenzas del triste papel que representas á los ojos de las gentes sensatas? Y aun cuando tanto te ciegue tu locura, no te horroriza pensar en el dia en que agotados por el tiempo los recursos que hoy te proporcionan el triste empleo que te has buscado, te veas obligado á renunciar á él abrumado por la vejez? Qué te quedará entónces? Á dónde volverás los ojos arrepentido? Mira al Conde de Lac, nuestro amigo. Yo le he visto más brillante que tú, seguramente. Qué es hoy? Una sombra oscura y recelosa, un ser desdichado, pesaroso de la vida y un enemigo perpétuo de los hombres, de las cosas y de sí mismo. Es ese el destino que tú anhelas? El porvenir que apeteces? No, yo no puedo creerlo! Tú eres jóven y aturdido, pero tienes un corazon que yo he criado y no puedes pensar en perder hasta ese punto tu dignidad; no puedes pensar en injuriar la memoria sagrada que ambos veneramos en el fondo de nuestra alma, la memoria de tu padre que se levantaria ante tí indignada y amenazadora, al ver el empleo de esa vida que él te dió y que habria sido tan mal comprendida y tan indignamente malgastada!

ART. (Humildemente.) Madre mia, qué exiges de mí?

BAR. Lo que exijo por el momento es que unas sinceramente tus esfuerzos á los mios para conseguir esa plaza de agregado en Madrid.

ART. Ya he hecho lo posible...

BAR. Para que no te la den, lo sé.

ART. Oh, madre mia! Despues de todo repito que no he po-

dido hacer otra cosa! Yo no he rehusado... que me nombren, y aceptaré.

BAR. Ya!

ART. Supongo que no pretenderás que vaya á arrastrarme á los piés del ministro?...

BAR. No pretendo semejante cosa; pero sí que no te enagenes intencionalmente las voluntades que yo he sabido conquistar. Carolina, por ejemplo: cómo te has conducido con ella durante mi ausencia?

ART. Carolina... (Muy turbado.)

BAR. Ah! te turbas? No me creias tan enterada? Sí, con Carolina. Qué ha pasado entre Carolina y tú en este tiempo?

ART. Qué ha pasado?... Nada... qué quieres que pase?

BAR. Ah, nada? Pretendes negar? engañarme como á un niño? Inocente! Lo sé todo, y lo sé por el mismo marido.

ART. Por el marido? Cómo! Fabieres sabe?...

BAR. Lo sabe todo.

ART. (Cielos!) Pero bien, qué es lo que sabe?

BAR. Cuando te digo que todo! Que á pesar de sus esfuerzos Carolina es la que ha impedido tu nombramiento.

ART. Cómo! Ha sido ella?...

BAR. Ella. Y por qué? Qué causa la ha inducido?...

ART. Madre...

BAR. Tu indiferencia, tu abandono... apostaria á que no la has visitado ni una vez siquiera.

ART. Yo... (Respirando.)

BAR. Á que si la has encontrado en alguna reunion te has contentado con un saludo ceremonioso... á que no la has invitado á bailar... á que no la has hecho siquiera dos dias la córte, y eso que no te hubiera costado tanto trabajo tratándose de una linda muchacha de veinte años!...

ART. (Tranquilo.) De modo que tú crees?... Já! já! es gracioso!... Conque me censuras porque no he hecho la córte á la mujer de un amigo? de un amigo de toda la vida?

BAR. Caballerito, no pretenda usted exasperarme!... Ya sabe

usted lo que quiero decir... y desde mañana me acompañará usted todos los dias á casa de la señora de Fabieres.

ART. Está muy bien.

BAR. Con la que será usted amable, complaciente, galante...

ART. Si tú te empeñas...

BAR. Pues ya se ve que me empeño... pero por qué te ries?

ART. No, no; por nada.

ESCENA IV.

DICHOS, el CONDE, con un gran ramo de baile en la mano.

CONDE. (Viendo á Arturo.) Ah! Vamos, ya pareció! Bien, muy bien. Mi enhorabuena.

BAR. Calla! aún está usted de pie, Conde!

CONDE. Sí, sí, Baronesa... (Jugueteando pretenciosamente con el ramo.) Qué quiere usted!... Caprichos de la suerte... una buena fortuna que me ha detenido...

ART. Hola! (Ap. á él.) (Libertino! Qué nueva víctima preparas?...)

CONDE. Quite usted de ahí, rapazuelo!... Ah! en el salon te buscaban.

ART. Sí; estoy comprometido para bailar... no sé qué... ya no me acordaba... Vuelvo, vuelvo en seguida.

ESCENA V.

La BARONESA, el CONDE.

BAR. Conque una buena fortuna? Sí. Ya veo señales... Esos ojos alegres... ese aire pendenciero... esas flores...

CONDE. Pist!... Qué quiere usted, amiga mia!... La mujer es caprichosa por esencia... Ya me iba derechito á la cama, cuando al salir del salon siento que se agarran de mi brazo, vuelvo los ojos y me encuentro con el hechicero rostro de Julia. D'Auriebes que le habia puesto tan cerquita del mio... Uf! Vamos, aún me dura el es-

calofrio! Ya nos deja usted, Conde? me dijo con ese acento jugueton y coquetoncillo que tan bien sabe emplear esa sirena... Sí; le respondí, el baile me hastía... Aun estando yo en él, amigo Conde? replicó con acento cada vez más persuasivo... La verdad, Baronesa, creo que se estremecieron hasta los faldones de mi frac. Vamos, no sea usted huron y quédese, que aún hay quien tiene mucho gusto en verle por aquí. En aquel momento resonó la orquesta y Julia echó á correr tirándome el ramo y gritando: guárdemele usted un momento, que voy á bailar.—Ahí tiene usted el hecho sin comentarios!... Yo no añado nada, nada... ni vaya usted á figurarse que formo pronóstico alguno!... Oh!... no! no! no! Lo que fuere sonará... y ello dirá. (Cantando.)

BAR. Conde, apreciable y carísimo Conde; líbreme Dios de poner en duda el poder de sus atractivos. Pero no teme usted que entre esas bellísimas flores se oculte algun aspid tan terrible como el de Cleopatra?

CONDE. No, porque no muerde; por ahora al ménos no muerde. (Oliendo triunfalmente el ramo.)

BAR. Quién sabe! Veo en todo esto algo de inverosímil, de extraordinario...

CONDE. Inverosímil? Señora, ya es demasiado!...

BAR. No se altere usted, por Dios! En primer lugar, amigo Conde, no ha oido usted decir con cuánta afabilidad distingue Julia D'Aubieres á Gustavo D'Espars, ese jóven oficial de estado mayor?

CONDE. Ah! Y cree usted que puedo yo temer á ese oficialillo? Yo?... já! já! Allí estaba á dos pasos de nosotros, cuando me entregó el ramo; por señas que puso una cara de imbécil!... Con unos ojazos!... No vaya usted á pensar que me reí de él... no!... El pobrecillo me dió una lástima!...

BAR. Sí? Pues á pesar de todo, amigo mio, le aconsejo á usted que desconfie; conozco á Julia; yo no sé por qué me da el corazon que hay ahí algun misterio; en fin, como decia usted muy acertadamente hace poco, ello

dirá... (Imitándole.)

CONDE. (Alegremente.) No es verdad que sí?... (Cantando y bailando.) Ello dirá!... Ello dirá!.. (Mirando por la puerta izquierda.) Calle! Mírela usted. Ahí está bailando! Cómo me sonrie! Allá voy, mi ángel, allá voy!... (Sale corriendo.)

ESCENA VI.

La BARONESA, FABIERES.

BAR. Pobre hombre! No le queda de Cupido más que al venda!... (Fabieres entra por una puerta secreta de la derecha, que cierra con llave al salir. La Baronesa se vuelve al ruido.) Eh! qué es eso? Quién anda ahí? Fabieres!...

FAB. Calla! Baronesa!

BAR. De dónde sale usted?

FAB. De mi despacho, bellísima madrina; sencillamente de mi despacho, que comunica por medio de ese corredor... Pero y usted? Tanto tiempo sin verla, cuando sabe usted que tengo tanto placer. .

BAR. Sí? Pues francamente, lo disimula usted, ó por lo ménos no da usted grandes muestras... desde ántes de ayer hago antesala sin conseguir ver al señor subsecretario.

FAB. Lo he sabido, y no puede usted figurarse mi sentimiento! Ah! Perdóneme usted, Baronesa; usted no sabe cómo yo vivo, querida amiga! Digo, si se puede llamar vida esta horrible esclavitud!...

BAR. Tá! tá! tá! Diga usted más bien que ha esquivado mi presencia por no saber cómo excusarse de haberme faltado á su palabra.

FAB. Habla usted de Arturo? Ah, Baronesa! Tengo yo la culpa de que ese diablo de chico se haya empeñado en desbaratar todos nuestros planes?

BAR. Ya he sabido algo... pero que razon le induce? usted no ha podido adivinar?...

FAB. Yo no veo aquí más que un secreto deseo de permane-

cer en París, que, segun parece, es para él el jardin de Armida.

BAR. Pero quién es Armida?

FAB. Uf! Quién es capaz de averiguar?... Lo que puedo asegurar á usted, y esto me consta, es que ha hecho cuanto ha estado en su mano para indisponerse con mi mujer.

BAR. Oiga! Oiga!

FAB. Que es hoy nuestra enemiga más encarnizada en ese asunto.

BAR. Perdóneme Carolina; pero creo que, siquiera por consideracion á mí, debiera haber dispensado cualquier falta de ese muchacho aturdido. Su venganza, en realidad, no cae sobre él sino sobre mí.

FAB. Así se lo he dicho yo, y tantas otras cosas que me callo. Usted sabe, Baronesa, qué discusiones he sostenido? Pero nada, siempre me contesta: «Quiero con toda el alma á mi buena madrina; le daria gustosa mi vida...»

BAR. Y para qué? Si no me hace falta para nada!...

FAB. «Pero proteger á su hijo? jamás! jamá! jamás!»

BAR. Qué habrá hecho ese desdichado?

FAB. Eso es lo que yo quisiera saber. Qué demonios habrá hecho á mi mujer ese desventurado?

BAR. Y bien; usted no ha podido averiguar?...

FAB. Baronesa! Cree usted que yo tengo tiempo de ocuparme?... Pregúnteme usted lo que ocurre hoy en el Cuzco, en Bormeo, en Stambul... Pero no me pregunte usted qué hora es en París, porque no sabré decírselo. Mire usted, las diez y media; yo me creí que eran las ocho ó las doce.

BAR. Pues, amigo mio, seguramente que es muy agradable y muy importante saber lo que pasa en el Cuzco, sobre todo, para un hombre político; pero cuando este hombre político es ademas casado, crea usted que es casi tan importante saber lo que pasa en su casa.

FAB. Sí, seguramente; pero, hija, dónde tengo yo tiempo

para ocuparme de esas cosas? Usted sabe la vida que yo hago?

BAR. Una vida bastante mal aprovechada por lo que veo.

FAB. Mal aprovechada! Una vida que dedico entera á los más graves intereses de la humanidad!...

BAR. El matrimonio es la base de todos los intereses humanos.

FAB. Una vida consagrada á estudiar y servir todas las ideas, todos los intereses, todas las pasiones que se mezclan, se atraen ó se combaten sobre la superficie entera del universo habitado? No comprende usted que mi humilde existencia personal, que la vida de mi inteligencia y de mi corazon se engrandezcan y se multipliquen hasta lo infinito en la vivificante atmósfera de esa vida universal? Puede haber nada más grande, más bello, más embriagador? Y me exige que descendiendo de tan elevadas regiones, vaya á merodear historietas ó chismografías de salon; á recoger fabulillas mezquinas ó torpes calumnias en la pobre esfera de nuestra sociedad?... Mándeme usted que me pase los dias y las noches estudiando en un microscópio las costumbres de los animales infusorios, creo que la obedeceria á usted con más gusto.

BAR. No se trata de eso, Fabieres, al contrario; ya sabe usted el tédio que me inspiran los holgazanes y los inútiles. Pero usted da en el extremo contrario, usted se entrega por completo á los negocios, y aunque ya sé que su obligacion de usted abarca muchos...

FAB. Ministerio de Negocios Extranjeros... Figúrese usted; tengo á mi cargo las cinco partes del mundo. Nada más que eso.

BAR. Bueno; pero es que hay una sexta parte del mundo que usted no conoce, señor de Fabieres...

FAB. Calla! Efectivamente que no la conozco! Y dónde está esa sexta parte?

BAR. En la calle la Paz, número doce.

FAB. En mi casa?

BAR. En su casa de usted, en la de su mujer. Y no vaya usted á figurarse que esa sexta parte es ménos importante que la América ó la Occeanía, no; tiene mucho más valor que todas las otras, por más que usted apenas se ocupe de ella. Digo mal? Perdónome usted, amigo mio; sí, deseosa de su bien, me tomo esas libertades; pero mis años y el cariño que les profeso me autorizan bastante, no es verdad? Vamos á ver, cómo emplea usted el dia, cuénteme usted.

FAB. Vengo aquí muy de mañana...

BAR. Negocios... bien. Almuerza usted en su despacho?

FAB. Siempre.

BAR. Carolina almuerza en casa sola?

FAB. Es preciso. Por la mañana temprano despacho con los jefes de seccion... y mientras llama el ministro almuerzo; no me es posible separarme de aquí.

BAR. Pero podia usted suprimir la madrugada y venir despues de almorzar.

FAB. Bueno andaria el despacho! Yo soy esclavo de mi deber.

BAR. Bien. Luego va usted á comer á casa?

FAB. Oh! eso siempre! Excepto tres dias por semana.

BAR. Tres dias!

FAB. Sí; los de gran correo y firma, que cómo aquí para no perder tiempo.

BAR. Pero hombre, ya por qué no se manda usted traer la cama? Eso seria más sencillo.

FAB. Já! ja! Se escandaliza usted, Baronesa? Pues mire usted, ya ha sucedido más de una vez tener que dormir en el ministerio! La vispera de alguna gran batalla diplomática, ó cuando en consejo se me encarga algun trabajo de importancia extraordinaria, me tiendo en un sofá y paso la noche evocando los manes de Machiavelo ó de Bolinbroke.

BAR. Muy bonito... Muy bonito!... Qué lástima que mientras usted invoca á Machiavelo en su despacho no vea usted entrar á Richelieu en su gabinete...

FAB. Cómo! (Levantándose y con gravedad.) Qué dice usted, Baronesa? Á quién llama usted Richelieu?

BAR. Á cualquiera. Á usted qué le importa, hombre? No tiene usted sus negocios, sus obligaciones, su despacho y hasta un mapa-mundis en la cabeza? Pues qué le importa á usted lo demas?

FAB. Es que se burla usted, Baronesa, ó que trata de darme un prudente aviso? Quién es Richelieu?

BAR. Nadie, diplomático, nadie. Gracias á Dios que le veo á usted con sangre en las venas! No he sido yo quien le ha escogido á usted esposa? Y viniendo de mi mano puede usted tener algo que temer?

FAB. Ah! vamos! Me ha dado usted un susto!...

BAR. Bien; pero que no se le pase á usted tan pronto...

FAB. Cómo!

BAR. Claro; bastante adelantariamos!... Es preciso que sepa usted que, á pesar de mi confianza en las virtudes y el carácter de Carolina, no me atrevo á responder del porvenir á continuar usted en la vida que acaba de pintarme.

FAB. Yo?... Pero en verdad, Baronesa, no la comprendo á usted; siempre me he tenido por el modelo de los maridos. Quiero á Carolina con toda mi alma, la soy fiel hasta un punto increible... Jamás la menor idea ni el más pequeño asomo...

BAR. Por eso se cree usted fiel? Pero á usted se le figura que á su mujer le importa un ardite, si usted la deja, si usted la olvida, si usted la abandona completamente, que sea por una bailarina ó por el señor Bolinbroke? Será su vida por eso menos solitaria? Estará su corazon menos vacio? Su alma menos viuda? Estos hombres son peregrinos!. . En el momento en que por el lado de la moral no se les puede echar nada en cara, ya creen tener carta blanca para vivir completamente á su gusto, sin cuidarse de nadie y sin miedo á zozobras y peligros!

FAB. Pero permítame usted...

BAR. Lo que ha de hacer usted, es el favor de no interrumpirme. Cómo! Tiene usted atrevimiento para decirme á mí que su mujer de usted no tiene rivales? Pues qué es la política? Qué son los negocios? Qué es la ambicion, si le roban á usted todo el tiempo que debia consagrarla á ella, toda la atencion y todo el cuidado que de derecho la pertenecen? Mire usted; yo, en el caso de Carolina, preferiria tener una rival de carne y hueso... y aunque fueran dos... ó tres...

FAB. Oh!

BAR. Sí, hombre! Á lo menos no me cabria duda entónces de que tenia usted corazon y ya sabria yo conquistarle más tarde ó más temprano. Es claro! sufriria, pero viviria... y es preciso que la mujer viva aunque sufra, porque no somos muebles ni plantas de adorno. Así pues esa vida del alma que toda mujer necesita, á cambio de su honradez, de sus cuidados y de su amor, al marido es á quien toca proporcionársela, á ménos que prefiera que otro se encarge de ello. Oh! y que nunca falta, créalo usted. Por eso ve usted á tantos compañeros suyos, hombres grandes, políticos profundos, sábios inmensos, pero tan ensimismados y tan abandonados como usted, que se quedan... calvos como la palma de la mano ántes de tiempo.

FAB. Soberbio discurso, amiga mia! Á que no sabe usted qué es lo que más me asombra de él? Una cosa que he admirado siempre. La union de las mujeres. Son ustedes como los periodistas; se devorarán entre sí con el mayor encarnizamiento, pero cuidado con que nadie toque á la corporacion!... Afortunadamente su interés en este caso es del todo innecesario. Carolina es la más feliz de las esposas y yo el más dichoso de los maridos. Ni la menor nube empaña nuestro horizonte... al contrario, podria decirse que aun estamos en la luna miel!... Adivinándonos los pensamientos... buscándonos todos los dias sorpresas agradables... Ah! sin ir mas lejos, aquí tiene usted la que hoy me ha propor-

cionado.

BAR. Qué es?

FAB. Esta preciosísima sortija que me ha puesto en el dedo al salir de casa. Sabe mi aficion á los rubis... mire usted.

BAR. Dios mio!

FAB. Qué es eso?

BAR. Qué? (Serena.)

FAB. Creí .. No es bonito? Qué luces! No me negará usted que esto es algo significativo?,..

BAR. Ya lo creo, querido ahijado. Significativo? Vaya si quiere significar la tal sortijita?...

FAB. Eh! Parece que dice usted eso con cierto tono...

BAR. Sí, no lo niego. El tono del mal humor, mejor dicho, de la envidia.

FAB. Cómo?

BAR. Un rubí tan lindo que yo tenia pensado comprar... le ví el otro dia en Palais Royal... pero Carolina me ha ganado por la mano.

FAB. De veras? usted le queria?... Baronesa, si no fuese regalo de mi mujer...

BAR. Oh! no faltaba más!... Un capricho... y aunque yo soy muy caprichosa...—Diga usted; Carolina no vendrá esta noche?

FAB. No; la pobrecita se encontraba nerviosa hoy... disgustada...

BAR. Que lástima! Á ver, á ver!... Ponga usted así la mano, que le dé la luz... es que es bonita esa piedra...

FAB. Repito, Baronesa...

BAR. No, si no la quiero... Me hubiera gustado lucirla esta noche.. porque tengo la manía de las joyas, ya lo sabe usted.

FAB. Ah! pues si no es más que eso... ahí está, no se prive usted de ese gusto. (Dándosela.)

BAR. De verás? Es usted tan amable?

FAB. Cómo no? Si luego tendrá á mis ojos doble valor?

BAR. Bueno, pues acepto; mañana se la devolveré á usted.

Y ahora vamos al salon... va usted á proporcionarme cinco minutos con su ministro. Si consiguiéramos el nombramiento de Arturo... Cada vez tengo más deseos de alejarle de Paris.

FAB. Pues no hay que perder tiempo, porque esta noche han de quedar firmados los decretos.

BAR. Sí?

FAB. Allí viene Arturo. Pobrecillo! Si supiera cuánto se conspira para arrancarle sus más floridas ilusiones!... Vamos, la verdad, Baronesa, querrá usted creer que siento así, como una especie de remordimientos?...

BAR. Sí, amigo mio, sí. Eso es lo natural!... (Dios creó el mundo... pero quién crearia los maridos, Señor?)

ESCENA VII.

DICHOS, ARTURO, como buscando á álguien.

FAB. Eh! jovencito!

ART. Ah! es usted, amigo Fabieres? Cuánto gusto tengo en verle!... Todo el mundo pregunta por usted... Yo le echaba á usted tanto de ménos!...

FAB. Gracias, Arturo, gracias. (Alargándole la mano.)

ART. Calla! está usted malo? Sí, tiene usted calentura... Á ver? Déme usted la otra mano... (Se la coge.)

BAR. (Ah, perverso!...)

FAB. Yo calentura? Estás loco, muchacho?...

ART. No, pues juraria... cuando digo que arden sus manos...

FAB. Y qué? Este es mi estado ordinario; yo siempre estoy febril, es mi salud.

ART. La salud del genio. Y Carolina, buena?

FAB. Así, así. No vendrá esta noche; los nervios...

BAR. (Cómo se alegra!) (Observando á su hijo.)

FAB. Baronesa, voy á ver al ministro y vendré á buscar á usted cuando podamos hablarle.

BAR. No me olvide usted, Fabieres,

FAB. No hay cuidado, hasta despues.

ART. Yo tambien voy al salon...

BAR. No, Arturo; te necesito, espérate. (Se quita la sortija que tenia en el dedo y la guarda en el bolsillo.)

ESCENA VIII.

BARONESA, ARTURO.

FAB. Conque vamos á ver, calaveron; qué hay de esos amores? Qué has adelantado esta noche?

ART. Cómo, madre mia! otra vez?

BAR Ya! te repugna hablar de ellos, por no confesarme tu derrota.

ART. Derrota?

BAR. Sin duda. Has visto al hombre del rubí?

ART. Sí, no hace mucho le encontré.

BAR. Y qué?

ART. Nada; que soy el más feliz de los hombres!

BAR. Llevaba la sortija?

ART. No, no la llevaba, y justamente eso causa mi alegría!

BAR. Cómo!

ART. Porque la sortija en su dedo debia significar: no me decido... no venga usted, porque no le recibiré! Mientras que el no tenerla, quiere decir: el amor triunfa, te espero...

BAR. (Cielos! y yo torpe...)

ART. Por lo tanto, madre mia, no extrañe usted que tomando su vénia...

BAR. No, detente.

ART. Voy al salon...

BAR. Desventurado, ven aquí. Y si te equivocas? (Viendo al Conde.) Bien! este ahora...

ESCENA IX.

DICHOS el CONDE, muy agitado.

CONDE. Ah! estás aquí? lo celebro, te busco hace un cuarto de hora.

ART. Pues qué?...

CONDE. Te necesito.

ART. Lo siento en el alma, pero en este momento no me pertenezco... un negocio apremiante...

CONDE. Más apremiante es el que me preocupa, y sobre todo más grave.

ART. Eh! (Y qué sabrá él!)

CONDE. Porque se trata de un agravio personal que reclama sangre... mucha sangre... más sangre que agua trae el Sena! Ah, Baronesa! Usted sí que tiene el don de la doble vista!... Bien me previno usted... Ah! Uf! Me han tratado como á un santo de yeso! Se han reido de mí, pero de lo lindo!

BAR. No lo decia yo!... Pero qué ha pasado?

CONDE. Pues no lo digo? Que les he servido de monote!

ART. Pero á quién?

CONDE. Á la dichosita Julia y al trastuelo D'Espars!... Uf! me hormiguean hasta las orejas y tengo una comezon de matar... Pif! paf! rist! lo atravieso de parte á parte. Tú serás mi padrino.

ART. Yo!

BAR. Pero acabará usted de contarnos?...

CONDE. Pues nada; muy sencillo; ya vió usted el ramo?... el ramito aquel de todos los demonios, que esa traidora me dió con tanta coquetería...

BAR. Sí, ya recuerdo...

CONDE. Cuando volví al salon atraido por su pérfida sonrisa, quise devolvérselo: acababa el baile... pero ella me dijo con acento cada vez más seductor: Si no le incomoda á usted, mi simpático Conde, consérvele usted otro rato en su poder... ya mandaré yo á reclamarlo! Halagado por este nuevo favor, seguí yo pavoneándome por el salon con mis flores, tan hueco, sin sospechar el lazo que me tendian... cuando á los pocos momentos veo llegar al oficialillo, que me suplica en nombre de Julia le entregue el ramo para devolvérselo.—Se lo devolveré yo, grité todo amostazado.—Como usted guste, caballero, pero esa es la órden que traigo, y me extraña que

un hombre como usted pueda pensar en resistirse al deseo de una bella; la obediencia ciega al capricho de las damas, es la primera cualidad del caballero galante. —Señor oficialito, yo no necesito que me dé usted lecciones de galantería. Ahí tiene usted el ramo... pero yo sabré... Qué habia de saber, desdichado de mí!... si no me habia separado diez pasos cuando al volver la cabeza le veo, medio oculto en un portiers, rebuscar entre las flores y sacar una carta!...

BAR. Ah! El áspid de Cleopatra. Qué le dije yo á usted?

CONDE. Y no mordia el condenado! Si siquiera me hubiera dejado sin narices cuando yo le aspiraba con tanta delicia. (Arturo y la Baronesa se rien.)

BAR. Já! já! Pobre Conde!

CONDE. Les he servido de estafeta! Yo! la archicoqueta! No sé cómo me he podido contener!... Arturo, ve hijo, ve inmediatamente. Sitio, hora y armas! Trist! lo atravieso de parte á parte.

BAR. Vaya, amigo mio, serénese usted por Dios! Un escándalo de ese género á su edad de usted! Quiere usted dar que hablar á todo París?

CONDE. Y he de consentir que se rian de mí esos dos mequetrefes?

BAR. Sí, para evitar que mañana se ria todo el mundo! Eso ha sido una broma, de bastante mal gusto, lo confieso, pero de la que usted se tiene la culpa.

CONDE. Yo?...

BAR. Usted sólo. Por qué se empeña usted en cantar aquello de... Ello dirá, ello dirá?...

CONDE. Buenas noches. Me voy á acostar. (Bruscamente.)

ESCENA X.

LA BARONESA, ARTURO.

BAR. Já! já! qué paso lleva! Pobre hombre!...—Adónde vas? (Á Arturo, que pretende salir sin ser notado.)

ART. Aquí... al salon... vuelvo en seguida...

BAR. No, Arturo, no; quieres ir á esa cita, pero no irás.

ART. Madre mia...

BAR. No irás, porque es inútil; no te esperan.

ART. Qué no me esperan?

BAR. No; más que eso, no te recibirán.

ART. Y cómo sabes?...

BAR. No solamente sé, si no que tengo pruebas. Mira...

ESCENA XI.

DICHOS, FABIERES

FAB. Baronesa, Baronesa, pronto! (Á la puerta.)

BAR. (Él habia de ser!... Imbécil!)

FAB. El ministro espera. Ya he anunciado á usted, y esta es la ocasion. Allí está apoyado en la chimenea; pronto, ó va á ocupar otro el puesto.

BAR. (Señor, qué contratiempo! Cómo le dejo libre?...) Arturo, te prohibo terminantemente que salgas del baile sin mí.

ART. Madre mia...

BAR. Bajo ningun pretexto, Arturo.

ART. Pero...

FAB. Qué rigor, Baronesa!... Déjele usted su libertad... Considere usted que á sus años...

BAR. Fabieres, amigo mio, le instituyo á usted su carcelero durante diez minutos, el tiempo de hablar al ministro... No se separe usted de él.

FAB. Pero á qué viene esa niñería?...

BAR. Amigo Fabieres, lo que usted llama niñería es más importante de lo que puede usted figurarse... Mire usted, casi es más interesante que lo que pasa en el Cuzco!... Se lo aseguro á usted.

FAB. Eh! Y á qué viene?...

BAR. Á nada, á nada... Le impedirá usted salir, no es verdad, amigo mio? Yo se lo suplico á usted por cuanto hay de sagrado... en seguida vengo y cesará su enojosa tarea.

FAB. En fin, si usted se empeña...

BAR. Sí, sí, me empeño. Ah! gracias! El ministro esta allí, hasta luego. Que confio en usted.

ESCENA XII.

FABIERES, ARTURO.

ART. (Por qué ese empeño?... Sospechará mi madre la verdad?... De todos modos yo acudiré á la cita aun cuando tenga que saltar por la ventana.) (Queriendo salir.)

FAB. Alto ahí, desertor!... (Volviendo de acompañar á la Baronesa.) El cabo de guardia está alerta.

ART. Fabieres, amigo mio... (Suplicante.)

FAB. Nada, nada; todo es inútil, no trates de sobornarme.

ART. Ah! Será usted inflexible?... Un momento nada más. (Queriendo salir.)

FAB. No hay que moverse, ó disparo.

ART. Fabieres, me es preciso salir y saldré si no por la puerta por la ventana.

FAB. Y si aun con la mejor voluntad es imposible, desventurado! (Llevándole a la puerta izquierda.) No ves allí á tu madre que, aun cuando habla con su excelencia no quita los ojos de esta habitacion? Te tiene que ver salir precisamente, y si tal haces será capaz de arrojarse á tí como una leona, dejando al ministro con un palmo de boca abierta.

ART. Oh, fatalidad!... Oh! desesperacion!...

FAB. Pero qué es eso, chico? Pues no lo tomas tú poco en serio! De qué se trata? De alguna citilla, eh? Alguna picante rubia que te espera...

ART. Y que me espera por la primera vez! Ah!

FAB. Primera cita?... Qué lástima! La segunda... qué demonio!... no importa tanto, pero la primera...

ART. Ah!

FAB. Pero hombre, y á qué demonios se mezcla tu madre en esos asuntos? Qué le importa á ella? Diablo! no te comerán!...

ART. Es claro...

FAB. Toma, y tan claro. Es una falta de diplomacia... porque sin que yo te apruebe... al fin y al cabo la juventud merece algo de indulgencia... hay que hacer un poco de vista gorda con los muchachos...

ART. Ah, sí, no es verdad?

FAB. Pero en fin, hijo, tambien hay que tener paciencia. Resígnate ahora, que en cuanto vuelva la Baronesa ya veremos... Vamos, hombre, no te impacientes!... Yo te prometo entretenerla luego para que te escapes, qué más quieres?

ART. Qué más quiero? Salir, salir! Luego será tarde, tengo precision de ir ántes al Café Inglés, donde me espera un amigo para un asunto de importancia... Me es imposible faltar á ninguna de las dos citas...

FAB. Pobre chico! No, y yo comprendo su impaciencia... (Sentado y leyendo el despacho.)

ART. No me tenga usted lástima, eso me desespera más!...

FAB. Bueno, hombre, bueno; no te sulfures y déjame leer este despacho.

ART. Ah, qué situacion! Qué situacion! (Paseándose.) Qué va á pensar viendo mi falta? Dios mio! Dios mio!...

FAB. Pero chico no puedes estarte quieto? Me distraes... no sé lo que leo... Es un bonito encargo el de tu madre!... Guardar un loco, un tigre enjaulado!... Ten paciencia, hijo, ten paciencia... que mañana será otro dia.

ART. Mañana ya será tarde!

FAB. Tarde? Pero de qué se trata? Me asustas!... Anda cuéntamelo, hombre, cuéntamelo. Me distraen á mí tanto esas picardigüelas! Conque dime, dime... Quién es ella? La conozco?

ART. No: me parece que no.

FAB. Y es realmente la primera cita?

ART. Sí.

FAB. Qué diablo! Lo que es la primera si se pierde una vez, dificilmente vuelve á encontrarse... la reflexion... el arrepentimiento...

ART. Ah. sí! Y más en un alma delicada, virtuosa...

FAB. Ya! se trata de una virtud?

ART. Combatida por la desgracia... por disgustos y penas de la vida íntima...

FAB. Sí, no digas más, por los malos tratamientos del marido... porque apostaria cualquier cosa á que hay marido, eh? me engaño?

ART. No sé... no puedo decir...

FAB. Jé! jé! Lo digo yo y es igual. Pues nada, él es el que tiene la culpa. El! Si los hay... los hay atroces!... La pobrecita será virtuosa... Ahí están las consecuencias...

ART. Víctima honrada, verdadera víctima!... Y cuando yo pensaba ofrecerla algun consuelo, puramente amistoso y desinteresado, se lo juro á usted!...

FAB. Si te creo, hombre, te creo!...

ART. Encontrarme en esta situacion... es para pegarse un tiro!...

FAB. Qué tiro, chico, qué tiro!... Te digo que me ha interesado tu historia y voy á probártelo. Quiero ayudarte en obra tan misericordiosa! Consolar al afligido!... Digo!... *Consolatris aflictorum*...

(Abriendo la puerta por donde entró al principio del acto.) Anda, lárgate.

ART. Qué es eso?

FAB. Pues no lo ves? Una puerta, imbécil.

ART. Pero para qué?

FAB. Para que te largues, majadero, sigue el pasillo, luego á la izquierda, y con veinte escalones que bajes estás en el Boulevard... Anda, anda y buena fortuna.

ART. Es que no sé si debo aprovecharme...

FAB. De mi puerta secreta? por qué no? qué escrúpulos son esos?

ART. No, ningunos! .. Mi madre.

FAB. Yo me encargo de ella... Ah! allí viene!...

ART. Viene? Adios. (Sale Fabieres vuelve á cerrar la puerta.)

ESCENA XIII.

FABIERES.

Anda, hijo, anda! Que esto le enseñará á tu madre á no ser tan intransigente con un chico de veinte años poco más. Puede que el servício que le he hecho sea bastante desagradable á algun desventurado mortal, que andará por ahí muy tranquilo... pero qué le hemos de remediar? Este es el mundo.

ESCENA XIV.

FABIERES, la BARONESA.

FAB. (Saliendo al encuentro de la Baronesa.) Qué hay?

BAR. Muy buenas palabras... excusas... pero mi Arturo se queda sin su plaza. Ah! dónde está?

FAB. Quién?

BAR. Quién ha de ser! Mi hijo!

FAB. Amiga mia, Malborough se fué á la guerra!... Já! já! já!...

BAR. Se ha escapado?...

FAB. No, en honor de la verdad él no se ha escapado; yo he sido quien, teniendo piedad de él...

BAR. Le ha abierto usted la puerta? Usted mismo?... Usted le ha?... (Pues señor, estúpidos los he visto, pero este raya en lo sublime!)

FAB. Vamos, Baronesa, razonemos un poco...

BAR. Con usted? Y qué tengo yo que escuchar del hombre que se ha conducido de este modo? Pero usted sabe lo que ha hecho?..

FAB. Baronesa...

BAR. Nada más que una estupidez, señor diplomático.

FAB. Francamente... el lenguaje no es muy... parlamentario.

BAR. Dios mio! Tiene usted razon! (Paseándose agitada y entre

irascible y sentimental.) Soy injusta con usted! Bastante tiene usted en qué pensar para que yo...

FAB. Qué? qué, Baronesa?...

BAR. Quiero decir... que bastante tiene usted con el arrepentimiento que debe sentir de haberse conducido tan mal conmigo... Ah, Fabieres!... Usted no sabe lo que ha hecho!... Preferiria un puñal clavado en mi corazon.

FAB. Pero, señora, tan grave es el asunto? Yo pensé que se trataba de una simple aventurilla... pero siendo tan formal, yo procuraré enmendar el daño.

BAR. Y cómo?

FAB. Aún hay esperanza. Arturo tenia que ir ántes al Café inglés... tengo la berlina abajo; llegaré á tiempo de cogerle allí.

BAR. Fabieres!...

FAB. Descuide usted, Baronesa; muerto ó vivo le tendrá usted. Adios. (Sale por la puerta secreta.)

BAR. Dios creó el mundo; pero quién crearia los maridos, Señor! Ah! con tal que llegue á tiempo!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegante en casa de Fabieres.—Puertas al foro y laterales; chimenea, etc.—Muebles ricos.—Candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ANTONIA.

Carolina, vestida de baile, sentada negligentemente en un sofá.

CAR. Antonia?

ANT. Señorita?

CAR. Qué me aconsejas?

ANT. Yo? Que se vaya usted al baile.

CAR. Y mi marido? qué dirá al verme entrar, cuando le he asegurado que no iria?

ANT. Se sorprenderá agradablemente y nada más.

CAR. Oh! agradablemente!... Pero si es tan tarde y no estoy dispuesta!...

ANT. Cómo no? Si no faltan más que estas flores en la cabeza para que esté usted trasformada en una diosa?

CAR. Aduladora!

ANT. Le estarán á usted tan bien! Quiere usted que probemos?

CAR. Prueba.

ANT. (Corriendo á la puerta de la derecha.) Á Pedro, que enganche!

CAR. Qué haces, muchacha?

ANT. Nada, prevenir por si la señora se decide. (Poniéndola las flores.)

CAR. (Haré bien en ir?... No daré lugar á que piense que me arrepiento de mi virtud y que voy por verle?... Ay! y se engañaria si lo pensase?) No, no; quítame esas flores. No salgo, decididamente.

ANT. No?

CAR. No.

ANT. (Suspirando.) Vamos! (Á la puerta, como ántes.) Á Pedro, que desenganche! Qué lástima! Es tan bonito este adorno! y le sienta á usted tan admirablemente! (Volviendo con el prendido en la mano.) Estoy segura de que habia de llamar la atencion!...

CAR. Crees tú?... (Mirándolo.) Sí, no es feo; y estos colores siempre me han ido bien.

ANT. Ya lo creo!... Le sientan á usted!... Si le viera usted puesto!

CAR. Á ver? Ponlo, anda... pasaremos el tiempo...

ANT. (Á la puerta.) Á Pedro, que enganche!

CAR. Pero chica!...

ANT. Nada más que por si acaso... no se pierde nada...

CAR. Calla! un carruaje!... Quién será? Yo no espero á nadie, y á estas horas...

ANT. (Que ha ido á la ventana.) Es el señor.

CAR. Mi marido?

ANT. (Mirando.) Y otro caballero le acompaña.

CAR. Cómo!

ANT. Creo que es el señorito Arturo.

CAR. Arturo! (Levantándose.)

ANT. Ya suben.

CAR. (Dios mio!) Déjanos.

ANT. Está bien. (Váse.)

ESCENA II.

CAROLINA, despues FABIERES Y ARTURO.

CAR. Vienen!... los dos!... Qué habrá pasado, Dios mio? Ya están ahí.

ART. (Dentro.) Pero Fabieres!...

FAB. (Id.) Le digo á usted que entre, caballerito.

CAR. Disputan!

ART. Qué capricho!... (Entrando. Al ver á Carolina, saluda profundamente y se queda inmóvil junto á la puerta.)

FAB. Silencio y adelante! (Cierra la puerta con llave.)

CAR. (Dios mio!!)

ART. (Qué hace! Ah! sabrá?...)

FAB. Y bien! no comprendes aún?

ART. (Conteniendo su emocion.) No. Ni sé cómo quiere usted que comprenda tan extraña conducta!... Hace un cuarto de hora, usted mismo me da libertad, y acto contínuo corre usted á alcanzarme al Café Inglés para aprisionarme de nuevo.

FAB. Justamente: para aprisionarle á usted de nuevo y conducirle á usted á su calabozo. Hétenos ya aquí en el calabozo.

ART. Cómo! (Estupefacto.)

CAR. Eh? (Sin comprender.)

FAB. Me parece que no te quejarás de mí, ni irás á aborrecerme porque te doy por prision el gabinete de la mujer más encantadora de todo París.

CAR. Pero...

FAB. Oh! (Á Carolina, con afabilidad.) Ante todo, necesito que me perdones, querida mia, por haberte asociado á una buena obra sin tu consentimiento. Pero se trata de una madre sumida en la mayor desesperacion... y ademas no habia tiempo que perder. Figúrate... (Á Arturo.) Me permites que cuente la historia?

ART. Esta señora tiene derecho á oirla.

FAB. Pues figúrate, niña mia, que Arturo tenia esta noche

una cita... cuestion de negocios, no vayas á creerte... Pero cátate que á la señora Baronesa se le antoja ver en esta cita misterios... intrigas... y peligros espantosos!...

ART. (Que Dios te confunda!)

FAB. «Salgo;—no saldrás.... etcétera.» Se ponen centinelas de vista al pobre Arturo, que gime y se desespera; pero por dónde hace su buena suerte que uno de los carceleros, hombre de corazon tierno y compasivo, se apiade de su dolor y abra la jaula al pájaro...

CAR. Tú! Has sido tú?

FAB. Ajajá! Yo mismo. Me has reconocido en ese rasgo de sensibilidad? Es claro. Pero hija, lo he pagado bien. Quién podia apaciguar despues á la Baronesa? Me ha sido preciso, para obtener su perdon, convertirme en alguacil, y correr tras el Tenorio hasta echarle de nuevo el guante... Ah! pero ahora ya no se escapa!... Por eso le traigo aquí para entregártele. Es tu prisionero.

CAR. Mi prisionero!... Aquí! Pero has pensado?...

FAB. Nada, hija, no te alteres. Se trata de un arresto de media hora. El tiempo necesario para tomar un partido con él, y...

CAR. Pero á estas horas!...

FAB. Qué horas, hija, qué horas? Las once apenas... todas las noches tenemos gente hasta las dos... Y despues de todo es preciso; he dado mi palabra á la Baronesa de impedirle acudir á esa cita... (Á Arturo.) Supongo que ahora no pensarás en escaparte, eh, aturdido? Ántes bien procurarás en este tiempo desagraviar á Carolina, á quien has ofendido, segun parece, hasta el punto de que nos haga la guerra con el ministro...

CAR. (Turbada.) Yo?...

FAB. Y qué es todo ello, vamos á ver?... Yo no sé nada, pero apostaria, perdóname, esposa de mi alma, no quiero ofenderte, pero apostaria que se trata de alguna puerilidad sin importancia. Eh? Vaya, vaya, es preciso

que desaparezcan enfadosas etiquetas, y que ántes de las doce escribas una apremiante carta á tu hermano, exigiéndole el nombramiento de Arturo. Vamos, hombre, tú por tu parte ayúdame... trata tambien de convencerla confesando tus culpas; y ya que encuentras esta ocasion...

CAR. (Con intencion.) Que en verdad yo no esperaba...

ART. Cómo, señora, usted no esperaba?...

FAB. Que vinieras á confesarle tus culpas? Claro que debia esperarlo un dia ú otro; pero no se trata ahora de eso. (Tomando la mano á su mujer.) Tú, Carolina, sé indulgente; yo te lo ruego... Lo serás, eh?...

CAR. Calla! amigo mio, qué has hecho de la sortija que yo misma te puse en el dedo al salir?

ART. (Cómo! Cielos!)

FAB. Es verdad; me olvidaba contarte... La pobre Baronesa, tan caprichosa como es por las joyas, se ha enamorado perdidamente de tu rubí, hasta el punto de rogarme se la prestase solamente por esta noche, para tener el gusto de admirarle.

ART. (Mi madre! Ah! ya comprendo!...)

FAB. He hecho mal?... Te enfadarás conmigo?

CAR. Oh! Nada de eso!... (Con marcada intencion.) Me basta saber que la llevabas cuando entrastes en el baile.

FAB. Por supuesto!... (Carolina mira á Arturo, que baja los ojos.) Pero qué es eso? Habias cambiado de idea?

CAR. No; por pasar el tiempo me vestí... Me aburro tanto aquí sola...

FAB. Te aburres? Cuánto lo siento!... Y más ahora que tengo que dejarte otra vez.

CAR. Ernesto!

FAB. No hay más remedio, hija mia. Un despacho urgente que contestar... El ministro me espera... Vaya, vaya, os dejo. La pobre Baronesa! Si pudiera adivinar que te tengo aquí, á buen recaudo, qué contenta se pondria, calaveron!... Cuidado, Carolina, por Dios, no me le dejes escapar!... (Confidencialmente.) (Mira que se trata, se-

segun ha dicho su madre, de la tranquilidad de una familia virtuosa y del honor de un hombre honrado. Con que á ver...

CAR. Si... bien...

FAB. Ea! Hasta luego, hasta luego. (Váse.)

ESCENA III.

CAROLINA, ARTURO.

CAR. Ya puede usted salir. (Despues de asegurada de la marcha de su marido.)

ART. Salir? Es este el consuelo que yo debia esperar despues de la horrible tortura que estoy sufriendo hace una hora?

CAR. Esa escena ha sido tan cruel para usted como para mí, caballero; pero bien ha podido usted convencerse de que no he sido yo quien la ha provocado. Yo no le he autorizado á usted para venir; no espero por lo tanto que trate usted de aprovecharse de la fatal combinacion que le ha abierto á usted esa puerta.

ART. Carolina! Qué crímen he cometido desde ayer para que en tan pocas horas se cambien de ese modo sus palabras, sus sentimientos y su corazon?

CAR. Mi corazon? Gracias al cielo no he dejado ni un instante de ser dueña de él! Si un momento de ofuscacion... de descontento... de hastío tal vez, ha podido hacerle vacilar hasta el punto de dejar entreveer á usted alguna esperanza, la sola idea de tener que ruborizarme hoy delante de su madre de usted, que segun he comprendido lo sabe todo, bastaria para mi arrepentimiento, si este no se hubiere apoderado ántes de mí. No, Arturo, no! Yo no faltaré jamás á mis deberes!... Salga usted.

ART. Carolina!

CAR. Salga usted.

ART. Señora, estoy prisionero bajo mi palabra, y tampoco quiero faltar á mis deberes. No saldré.

CAR. Es una broma de bastante mal gusto, caballero, pero es usted dueño de llevarla adelante, si así le parece.

ART. Ah, Carolina! Qué he hecho yo para que me trate usted con tanto rigor? Por qué ayer compasiva y hoy tan cruel?

CAR. Se lo he dicho á usted, Arturo. Un momento de alucinacion me ha hecho aparecer débil á sus ojos... pero ya soy dueña de mí, de mi voluntad y de mi razon...

ART. Sí, sí, pero yo la amo á usted!...

CAR. Arturo!

ART. La amo á usted! Poco me importa la acogida que merezca este sentimiento... Mi único anhelo es amarla, amarla con toda la vehemencia, con todo el abandono, con toda la pureza de mi corazon! Sí! yo la amo á usted... sin esperar nada, sin pedir nada... Su presencia de usted, su mirada, el aire que respira son mi premio y mi consuelo.

CAR. (Conmovida.) Arturo!

ART. No! Por compasion!... No me arroje usted de su lado! No me trate usted con esa dureza despiadada... No haga usted pedazos un corazon que solo por usted y para usted palpita... Carolina, tenga usted compasion de mí... No me ponga usted en el caso de que falto de razon, deje de ser dueño de mi voluntad, de mi inteligencia y hasta de mi vida!

CAR. (Aterrada.) Arturo, por compasion!

BAR. No me anuncieis, yo entraré. (Dentro.)

ART. Mi madre!

CAR. Cielos! Salga usted!... Ocúltese usted!

ART. Ah! aquí. (Ocultándose tras del portier del balcon.)

ESCENA IV.

CAROLINA, la BARONESA, ARTURO, oculto.

BAR. Tal vez soy importuna, querida? (Desde la puerta y examinando con una rápida mirada la habitacion.) Habias cambiado la idea y te proponias eclipsarnos á todas en el baile?

CAR. Oh, madrina!

BAR. Allí está. (Aparte fijándose en la puerta tras de la que se halla escondido Arturo.) Ya es hora de que yo viniera á verte, verdad, Carolina mia?

CAR. Oh! usted sabe cuánto la quiero, Baronesa, y que en cualquier tiempo es usted bien recibida... pero no por eso dejo de agradecerla ménos que abandone usted una fiesta por esta pobre reclusa. Y á propósito de fiesta, qué tal el baile? Cómo se ha portado mi hermano?

BAR. Oh! tu hermano! Tu hermano es un grande hombre, y sobre todo un gran ministro! No se echaba allí de ménos más que á tí!

CAR. Yo... estoy tan retirada del mundo... apenas salgo... ni aun sé cómo he de vestir...

BAR. Hija, vistiéndote lo ménos posible... así es como vamos todas y como estarás mejor... pero hablemos del asunto que me ha obligado á importunarte á estas horas.

CAR. De qué se trata?

BAR. De un favor; de un favor inmenso que vengo á suplicarte y que estoy segura me concederás; no es así?

CAR. Si está en mi mano...

BAR. Naturalmente!... Es bonita la tela de este portiers. Dónde la has comprado? (Dirigiéndose al portiers que oculta á Arturo. Carolina la detiene.)

CAR. No, no vale nada... Pero siéntese usted, Baronesa y hablemos de ese favor... (Llevándola al estrado del foro.)

BAR. Sí, de un favor con el que tú puedes devolver á una madre la tranquilídad y el reposo de toda su vida. (Con mucho cariño y trayéndola cogida por ambas manos al proscenio donde la hace sentar)

CAR. Yo!

BAR. Tú, Carolina, tú... (Apoyándose en el respaldo de una silla haciendo frente á Carolina y tomando un tono muy natural y sencillo.) Pues señor, se trata de mi hijo, siempre este pícaro hijo!...

CAR. Ah!

BAR. Que como todos los muchachos de su edad se ha empe-

ñado en creer que está enamorado. Hasta aquí no hay mal ninguno, verdad? Nada más natural que el amor á los veinte años... y no seria seguramente cuestion para alarmarme si no fuese porque la mujer á quien cree amar...

CAR. Bien, pero ese favor de que me hablaba usted... (Temblando.)

BAR. Déjame continuar, Carolina... yo te lo ruego, hija mia! (Con dulzura.) Si no fuera porque la mujer á quien cree amar, no es una mujer libre, sino una mujer casada, ó lo que es peor, casada con uno de nuestros más íntimos amigos. Sí, hija mia, sí; el desdichado Arturo se halla al borde del abismo más horrible en que un hombre honrado pueda caer, y si la venda del amor y el aturdimiento de la juventud le impiden ver su espantosa profundidad, á quién, sino á nosotras, toca salvarle del peligro? Á mí, por ser su madre, á tí, porque habiéndome manifestado siempre tanto cariño, no podrás ménos de considerarle en esta ocasion, como un hermano que se pierde y á quien es preciso salvar.

CAR. Señora... yo...

BAR. Sí, á nosotras toca decirle que el papel de amigo del marido y amante de la mujer es una angustia continuada de terrores secretos y bajezas públicas. Dar el nombre de amigo á quien se ultraja mortalmente! Usurpar á fuerza de artificios, una confianza cada vez ménos merecida, aunque cada vez más indispensable... Sonreir delante de un rostro que se ha marcado con el sello ardiente del ridículo!... apretar cariñosamente una mano que se deshonra!... Tales son las obligaciones de ese fatal papel que ningun hombre puede representar sin perder para siempre una buena parte del honor de su nombre y del pudor de su alma. No es verdad, Carolina? No lo crees tú así, hija mia?

CAR. Sí... sin duda... pero qué puedo yo hacer?... (Suplicante.)

BAR. Tú? Puedes ahorrar á mi hijo tan crueles angustias, y salvar á un mismo tiempo á una inocente que corre á

su perdicion! Tú lo puedes, Carolina... lo puedes...

CAR. Yo?... sí... cómo?

BAR. Lo puedes, Carolina... (Angustiosa y penetrante.) Porque creo que es tiempo aún? (Carolina se levanta ofendida. La Baronesa la agarra viva y cariñosamente de las manos, la obliga á sentarse de nuevo y continúa con dulzura y convencimiento.) Sí, sí, es tiempo! Es tiempo aún!... me consta positivamente!... La infeliz!... yo la conozco. Un alma ardiente y apasionada, que sólo encuentra á su alrededor la frialdad, la indiferencia y el abandono! Qué extraño tiene que al ver tan prosaicamente desvanecidos los poéticos y ardientes ensueños de su novel corazon, haya sentido un momento de debilidad... de duda... de locura tal vez, que la sombra de la vergüenza ha venido á castigar ya y que la razon y los remordimientos acabarán de desvanecer? Ah! Sí, hija mia, sí: es tiempo aún, y nosotras la salvaremos, no es verdad? (Cambiando de tono.) Sé que al arrancarla una ilusion que por más ó ménos tiempo ha acariciado, me maldecirá tal vez... me aborrecerá... Oh! pero la hora de la justicia sonará para mí. Vendrá un dia que al ver sus cabellos blancos como los mios y encontrándose dichosa, tranquila y honrada, bendecirá la mano que ahora la sostiene, venerará la memoria de la verdadera amiga que hoy la salva y que entónces no existirá ya!

CAR. Estoy dispuesta á todo. Qué debo hacer? (Levantándose llorosa, pero digna.)

BAR. En primer lugar escribir dos letras al ministro, pero ahora, ahora mismo; no hay un minuto que perder, y obtener la credencial de Arturo.

CAR. La tendrá dentro de una hora. Voy á escribir, pero... (Mirando significativamente al portier.)

BAR. Comprendo! Te sucede lo que á mí, que no puedo escribir una letra cuando álguien me mira!... Me sentaré allí... y te volveré la espalda... Es esto lo que deseas?... Pues mira, yo leeré en tanto este periódico... (Finge absorberse en la lectura sin perder nada de lo que pasa en el pros-

cenio; Carolina despues de vacilar un momento se dirige á Arturo que sale en seguida del escondite; le señala la puerta con dignidad retrocediendo hácia el foro Arturo la implora con ademan suplicante; ella insiste, y Arturo se dirige lentamente hácia la puerta de salida y desaparece despues de hacer un gesto de violenta desesperacion. Carolina respira levantando los ojos al cielo y se dirige al velador sentándose á escribir. La Baronesa, que no ha perdido ningun detalle de esta escena, se levanta y va hácia Carolina.) Ah! (Respirando con satisfaccion.)

CAR. Ah! no, no he acabado todavía.

BAR. Ah! sí, ya sé, hija; pero lo principal está hecho. Has puesto la frase más difícil, es verdad? Tu trabajillo te habrá costado... pero todo es empezar, Carolina mia. Vamos, vamos, no tiembles así... y sobre todo no llores, ea, se acabó.

CAR. Qué despreciable debo aparecer á los ojos de usted!

BAR. Despreciable!... Hija de mi alma!... Cuándo podré verte yo más grande, mas elevada? pero dejemos, dejemos niñerías y á escribir.

CAR. Ah! usted tiene el derecho de ser rígida y severa.

BAR. Yo severa? Al contrario... indulgente, hija! No hay como haber sido honrada toda la vida para saber el trabajo que cuesta serlo.

CAR. Eh! no ha oido usted? (Escuchando alarmada.)

BAR. Qué?

CAR. Ruido... no sé... me pareció escuchar en la calle...

BAR. Ni una mosca.

CAR. Ah! usted al ménos fué amada. (Volviendo á escribir.)

BAR. Yo? Sí; la memoria del Baron me es muy cara, y eso que... quién no tiene su ventana donde asomarse?

CAR. Oh! Qué es eso? (Como ántes.)

BAR. El qué?

CAR. No, no, nada; me pareció...

BAR. Pero qué causa esa alarma? Qué tienes? qué te inquieta?

CAR. Es verdad; por qué ocultarlo? Hace un momento aquí... Sus palabras... su desesperacion... me causaron miedo...

BAR. Miedo? Pues qué te dijo?

CAR. Que no podia sobrevivir á mi desprecio...

BAR. Bah, niña! Pero todos los hombres dicen lo mismo! No te asustes por eso... Procuran hacer dramática la situacion, aplicando á ella las frases más retumbantes que han leido en las novelas... Todos se mueren aquella noche, y veinte años despues gozan de una robustez aterradora. Vamos, vamos, venga esa carta... (Toca el timbre y sale un Criado.) Al señor ministro, en seguida.

CAR. Sí? Será verdad?... pero no puedo dominar esta emocion... á cada momento se me figura oir el disparo de una pistola...

BAR. Eh? Se te figura?... (Inquieta.)

CAR. No, pero esto es ilusion! y cuando usted está tranquila...

BAR. Te diré... tranquila enteramente... sí, lo estoy!... Sin que por eso pueda yo afirmar... pero en fin, que más te ha dicho ese loco?

CAR. Qué sé yo! que en la inmensidad de su desgracia su razon sucumbiria y no seria dueño de su voluntad ni aun de su vida.

BAR. Eso? Eso te ha dicho? (Inquieta.) Pues mira... no es muy tranquilizador... porque al fin, de un aturdido como él, cualquier cosa puede esperarse...

CAR. Verdad que sí? Usted tambien está inquieta...

BAR. No, cá, qué tontería!... Y tú no sabes dónde ha ido al salir de aquí?

CAR. No; solamente sé que al marcharse iba tan alterado... la desesperacion se pintaba de tal modo en su semblante...

BAR. Calla!... calla por Dios! Cuando digo que estas chicas... Pues no ha conseguido meterme miedo?

ESCENA V.

LA BARONESA, CAROLINA, el CONDE.

CONDE. Sin anunciarme... sin anunciarme... Qué diablos necesito yo de cumplimientos para ver á mi sobrina? Estás

visible, verdad?

BAR. Ah, Conde!... Sabe usted de Arturo?

CONDE. Arturo? Buena alhaja! No me pregunte usted. Es mi sombra. Ahora mismo me separo de él, se habrá vuelto á la Ópera.

CAR. Á la Ópera! (Mirándola con aire compasivo.)

BAR. Á la Ópera!

CONDE. Allí le encontré hace poco en medio de un coro de figurantas... que ninguna me hizo caso... tan embebidas estaban en su conversacion... Arturito por aquí... Señor Arturo por allá... y á mí, nada! Y eso que aunque yo no deba alabarme, no soy de los que tienen allí ménos partido! Como que me gasto todos los dias un dineral en dulces y sorbetes!...

CAR. Él en la Ópera!... (Abatida.)

BAR. Oh, corazon! (Ap., mirándola.) Estoy segura que hubiera preferido saber que se habia pegado un tiro!

CONDE. Pero yo no sé qué diablos tiene ese muchacho esta noche!... De pronto, y cuando más algazara habia en el saloncillo, da media vuelta, se entra en el despacho del director, que es amigo, y se sienta á escribir una carta... pero con una agitacion... con unos aspavientos!... Yo decia para mí, qué le pasa á este?... Cuando le veo salir á escape con su misiva en la mano... le sigo y veo que sube las escaleras de esta casa de cuatro en cuatro...

CAR. Cómo! aquí?...

BAR. Está usted seguro?

CONDE. Toma! Y tan seguro! Como que cuando llegué á la antesala me tropecé con él muy en conversacion con tu doncella.

CAR. (Cielos!)

BAR. (Esta es otra!)

CONDE. Á quién entregaba la carta...

BAR. y CAR. Ah!

CONDE. Para que vean ustedes lo que son las cosas!... No tenia misterio ninguno, porque era para Fabieres, segun me

dijo.!

BAR. Ah, vamos, ya!

CONDE. Sí, al encontrarse sorprendido me contó confidencialmente que, arrepentido de su terquedad, y sabiendo que esta noche han de quedar firmados los decretos, se habia decidido á escribir á Fabieres, suplicándole que interpusiese toda su influencia para alcanzar el nommiento.

BAR. Ah! ya! vamos, respiro.

CONDE. No, no respire usted, Baronesa; porque si no fuera por mí, la tal cartita no hubiese surtido efecto alguno.

BAR. Cómo?

CONDE. Pues naturalmente. Á Arturo en su aturdimiento no se le ocurrió nada más que escapar en seguida, sin advertir que, faltando sólo minutos para la hora señalada, la carta no llegaria á tiempo si no se la mandaba inmediatamente.

BAR. y CAR. Y qué?

CONDE. Que hubiéramos hecho un pan como unas flores, porque la nécia de Antonia se empeñaba en guardarse la dichosa carta para dársela á su amo cuando viniese...

BAR. Bien, pero...

CONDE. Pero... pero... pero como digo estaba yo allí, y quieras que no quieras, se la arranqué de las manos y se la he enviado á Fabieres con otras varias que habia en el gabinete.

BAR. Cielos!

CAR. (Ah! soy perdida!)

CONDE. Ha sido buen golpe, eh? Tengo yo una prevision... que no hubiese sido nombrado, de seguro, sino es por mí!

BAR. Sí, hombre, sí; ha sido usted tan oportuno como siempre!... Pero por qué diablos está usted en dos pies todavía, cuando hace dos horas que se debiera haber acostado!

CONDE. Baronesa!...

BAR. Perdone usted, querido Conde... la verdad es que estoy tan trastornada... no sé lo que me digo ni... Ese

nombramiento fatal va á concluir mi razon!...

CONDE. Pero si no hay ya por qué alterarse!... Esté usted tranquila, Baronesa!... En cuanto Fabieres haya leido la carta está todo arreglado... Pues poco contento que se habrá puesto de ver que al fin accede...

BAR. Conde, Conde de mi alma! Si viera usted cómo tengo esta pícara cabeza!... Y Carolina tampoco se encuentra bien... se me figura que desea un poco de tranquilidad...

CONDE. Ah! sí, sí; yo las dejo á ustedes.

BAR. Eso, váyase usted á acostar.

CONDE. Sí, sí. Hasta mañana.

ESCENA VI.

La BARONESA, CAROLINA.

CAR. Dios mio! Dios mio! Estoy perdida!... Esa carta en su poder!... Qué va á pensar?... Me creerá más culpable de lo que soy y me matará.

BAR. No, no; es preciso tener valor... esperar... y sobre todo, no perder la serenidad.

CAR. Oh! y se batirán!...

BAR. Cielos!... Es verdad!. . Mi hijo!...

CAR. Se batirán!...

BAR. Pero es necesario evitarlo á toda costa... Hay que hacer algo... Oh! yo no me dejo abatir tan pronto por la desgracia!... Voy al ministerio.

CAR. Ah! no me abandone usted. Si viera usted lo que por mí pasa...

BAR. Sí, hija, sí, que por mí no pasa nada!... Ah! ya ves las angustias, los horribles martirios de que está sembrado el tortuoso sendero del crímen!... No, hija, no! No pongas jamás el pie en él... Marcha siempre adelante con la cabeza erguida y la sonrisa de la virtud en los labios!

CAR. Ah, Baronesa!...

BAR. Y ahora vamos á presentarnos al enemigo, sin aguardar á que él nos busque. Siempre el que da primero... (Poniéndose el abrigo.) Ese Conde!... Entre qué familia de los animales dañinos le hubiera clasificado Buffon?

CAR. (Corriendo á la ventana.) Ah! ya es tarde! Es él!

BAR. Fabieres!

CAR. Mi marido!

BAR. (Á la ventana.) Baja del coche y sube á toda prisa! (Á Carolina.) Retírate.

CAR. Yo muero!

BAR. Ten valor... valor por Dios!... Entra allí... yo le recibiré... yo estoy serena, no me ves? Pronto!... que ya llega!... (La hace entrar en la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

La BARONESA.

Sí, muy serena!... Va en ello la vida de mi hijo... la tranquilidad de esta pobre familia... Habrá leido la carta?... Sí. Pero qué dice esa carta? Ah! Si yo supiera al ménos su contenido, tendria armas con qué luchar... pero así qué hago, Dios mio?... Qué partido tomar?... Siento sus pasos... Ah! Llegó el momento solemne, ahí está.

ESCENA VIII.

La BARONESA, FABIERES.

Fabieres entra pálido y sombrío, seguido de un Criado, á quien entrega su paletot.

BAR. Ah! es usted, amigo mio?

FAB. Yo mismo, señora. (Reconociendo la habitacion con la mirada.)

BAR. Tan pronto? No le esperábamos á usted seguramente.

FAB. Pues yo celebro encontrar á usted. Su hijo tendrá ma-

ñana su nombramiento de agregado en la legacion de Madrid. Ya está firmado.

BAR. Ah! de veras? Loado sea Dios! Con toda mi alma le doy á usted las gracias, amigo mio. Y Arturo? No le ha visto usted? Hace rato que volvió al baile.

FAB. No le he visto. Nos habremos cruzado tal vez en el camino. Dónde está mi mujer?

BAR. (Con indiferencia.) Ahí dentro, buscándome unos figurines que necesito.

FAB. Creo que haria usted bien, Baronesa, en entrar un momento en el baile y dar las gracias á su excelencia ántes de retirarse á casa.

BAR. Es que desea usted descansar? ó que está usted enfermo?

FAB. No... enfermo precisamente no... Dónde está Carolina?

BAR. Se lo he dicho á usted, amigo mio.

FAB. Sí, es verdad... cambiando de traje... no recordaba... El ministro estaba ahora poco en el salon pequeño.

BAR. Fabieres, amigo mio, qué tiene usted? Su semblante me anuncia alguna desgracia.

FAB. (Sombrío.) No tengo nada.

BAR. Se engaña así á una antigua amiga? Ó es que no merezco ya su confianza?

FAB. Siempre la ha tenido usted.

BAR. Y ahora por qué no?

FAB. Es verdad. Conoce usted esta letra? (Enseñando una carta.)

BAR. ¿Esta letra? Á ver?... No, no la conozco... Pero qué significa?...

FAB. Lea usted.

BAR. (Leyendo.) «Carolina...»

FAB. (Entre dientes.) Carolina!...

BAR. «Por favor, por piedad... Esas horas que debia haber »pasado esta noche á su lado; esas horas conquistadas »por mi amor, por mis lágrimas, que tan mias eran y »que tan sin compasion me han arrebatado, concéda»melas usted mañana... mañana... que yo pueda volver »á jurar á sus piés la sinceridad y lo inmenso de mi

»pasion... mañana... por caridad...» Ah! Esto es una superchería infame!

FAB. La carta no tiene firma, pero conoce usted la letra?

BAR. No... y usted? (Mirándole con ansiedad.)

FAB. Si la conociera estaria yo aquí?

BAR. Ah! (Respirando con fuerza)

FAB. Pero la conoceré, oh! sí, la conoceré. No sé por qué mi memoria quiere recordar estos rasgos aunque evidentemente disfrazados...

BAR. (Dios mio!)

FAB. Y si le descubro... si descubro al infame autor de ellos...

BAR. Fabieres, amigo mio... un poco de calma... reflexionemos un instante... ántes de dejarse llevar de la ira del momento debe darse oidos á la razon... Veamos: de dónde procede esta carta? Cómo ha llegado á sus manos de usted?

FAB. No sé... un portero del ministerio me la ha entregado con otras varias... durante el camino no he cesado de pensar... de escudriñar... pero estoy tan turbado que no acierto... Usted, que ha leido esa carta, qué piensa usted? Habia una cita para esta noche, que quizá yo he estorbado viniendo con Arturo!... Sí... sí... la encontramos turbada, intranquila... Oh! eso es!... Y se alteró cuando la pregunté que por qué se habia vestido de aquel modo... Oh! La desdichada! Se engalanaba para recibir á su amante!

BAR. Su amante!... (Ofendida.) Fabieres!... Carolina no puede haber merecido nunca ese lenguaje!... no lo merece!... no lo merecerá jamás. Ese billete no puede condenarla... no puede ni aun acusarla siquiera.

FAB. Qué!

BAR. No. Qué es lo que puede usted ver en él? Un loco enamorado cuando más, pero nunca un amante.

FAB. La mujer que se expone á recibir cartas como esa, es una mujer culpable. Para las almas nobles y elevadas las faltas no tienen graduacion; el corazon ha faltado? pues la traicion es completa. Qué me importa lo demas?

BAR. Y está usted seguro de la autenticidad de ese escrito? Quién le responde á usted que no ha sido enviado con intencion?

FAB. Cómo?

BAR. Lo que es yo, le aseguro á usted que no fundaria en él la menor prueba para creer en un hecho tan inverosímil como la traicion de una mujer honrada.

FAB. Inverosímil?

BAR. Y absurdo.

FAB. Absurdo, Baronesa? De qué me hablaba usted esta noche en el baile? Precisamente de ese absurdo.

BAR. Cómo! yo!... yo le decia á usted?...

FAB. Que no se atreveria usted á responder de la virtud de Carolina, si yo seguia en la línea de conducta que me habia trazado.

BAR. De veras? He dicho eso?

FAB. Que al esposo era á quien correspondia prodigar esos cuidados, esas ternuras del alma tan necesarias al corazon de la mujer, si es que no queria dar lugar á que otro, que nunca falta, viniese á prodigarlas.

BAR. Bien, pero eso era una broma...

FAB. Oh! no, Baronesa, no! usted decia la verdad; aunque tarde, reconozco la generosa intencion de sus consejos! Yo he estado ciego... y usted tenia razon!... Qué extraño es que Carolina, jóven, hermosa y solicitada, haya esperimentado un momento de debilidad, de duda, al verse tratada tan indignamente por mí!...

BAR. Vamos... vamos... usted se calumnia. Fabieres; no es usted tan malo como ahora quiere aparentar...

FAB. Malo... malo... yo la amaba con toda mi alma! pero mi ceguedad, mi abandono tienen la culpa!...

BAR. Tampoco es eso! Porque ese abandono no habrá sido tan absoluto... usted la habrá llevado de cuando en cuando á los paseos, á los teatros...

FAB. Ni una sola vez!

BAR. Habrá usted pasado alguna velada á su lado...

FAB. Nunca.

BAR. Le habrá usted dedicado algun dia exento de ocupaciones...

FAB. Tampoco!... Si yo estoy siempre ocupado!... Estos malditos negocios... Ah, Baronesa! Tenia usted razon. Yo, yo sólo soy el culpable!...

BAR. Bien: pero aun suponiendo á Carolina justificada para cometer una infamia, que una mujer virtuosa no lo está nunca, tan poca confianza tiene usted en la nobleza, en la generosidad de su corazon para juzgarla incapaz de sufrir resignada las faltas de usted, y hasta de perdonarlas sinceramente en el fondo de su alma? Tan poco conoce usted á dónde puede llegar el amor de una mujer?

FAB. Bien; pero y esta carta, y esa cita?

BAR. Usted reconoce que las tiene bien merecidas?

FAB. Oh, sí! Lo reconozco! Y no tema usted nada por ella... Una separacion eterna, eso sí, pero sin la menor queja, sin la menor reconvencion...

BAR. Vamos, amigo mio...

FAB. En cuanto á él ya es otra cosa... Oh! á él... yo sabré quién es.

BAR. No va usted á tardar mucho, señor diplomático.

FAB. Cómo?...

BAR. Y cuando le tenga usted delante, qué hará usted con él?

FAB. Qué? matarle.

BAR. Ah! pues perdone usted, entónces no se descubre.

FAB. Qué?

BAR. Hombre perspicaz!... No ha comprendido usted aun que este es el final de la leccion que me he propuesto darle á usted?

FAB. Leccion! Usted, Baronesa?... Cómo, será posible?...

BAR. Yo soy quien le ha enviado á usted esa carta al ministerio.

FAB. Cómo!

BAR. Arturo se encargó de remitirla... No decia usted que creia conocer la letra?

FAB. Eh?

BAR. Pues claro!... Y tanto como debia usted recordarla!... La mia, bien disfrazada, eh? Pues mire usted, puse gran cuidado en fingirla, pero si me descuido...

FAB. Ah, Baronesa!...

BAR. No se convence usted?... Mire usted... mire usted bien... (Cogiendo la carta.)

FAB. Sí, sí, basta.

BAR. Es verdad. (Rompe la carta.) Pero aprovechará el aviso, Fabieres?

FAB. Oh! se lo juro á usted.

ESCENA IX.

DICHOS, CAROLINA.

CAR. Ah, Ernesto!... (Dirigiéndose á Fabieres.)

BAR. (Ay Dios mio! Esta ahora...)

FAB. Todo lo sé, Carolina mia, y solo me resta pedirte perdon por haber dudado un momento de tu virtud!

CAR. (No tenga usted cuidado, todo lo he oido. (Ap. á la Baronesa, que le hace señas.)

BAR. Ah!)

FAB. Me perdonas, no es verdad?

CAR. Ernesto mio!...

FAB. Oh! en lo sucesivo yo variaré de conducta... Baronesa, es usted el ángel de mi guarda. Á usted debo mi felicidad!

BAR. Pues cuidado con olvidarse y dar lugar á otra leccion, porque ahora sí que digo de veras que no respondo...

FAB. Que no? pues respondo yo! Creo que estará usted contenta, Baronesa; ha conseguido usted su objeto, y por añadidura el nombramiento para Arturo...

BAR. Ya sabe usted cuanto agradezco...

FAB. Pero á que no saben ustedes quién va á ser allá su jefe?

BAR. Quién?

CAR. Qué?

FAB. Pues soy yo. Yo mismo! Voy á aceptar el ofrecimiento que me acaba de hacer su excelencia de ser nombrado ministro residente en España. Así empezaremos la completa variacion que quiero se obre en mi vida íntima. Conque ya saben ustedes, que allá nos vamos todos.

BAR. Allá! Todos!

FAB. Toditos.

CAR. Ah!

BAR. (Estará escrito, Señor?)

FAB. No les parece á ustedes bien?

BAR. Eh? le diré á usted... Usted ha reflexionado bastante? Si aquel clima... Porque al fin, el mediodia... y usted tan lleno de ocupaciones siempre...

FAB. Cómo, qué quiere usted decir?...

BAR. Qué se yo... (Ap. á Fabieres.) (No sé si convendrá mucho á la salud de Carolina... Y luego, ya sabe usted que España es la patria de D. Juan Tenorio, y dicen que ha dejado más nietos...)

FAB. Eh? Tambien me han ofrecido la embajada de Rusia...

BAR. Pues eso, hombre; váyanse ustedes á Rusia... aquello es mucho más sano... un fresco delicioso... y mucho más conveniente para la salud.

FAB. No comprendo qué razon puede inducir á usted... (Receloso y mirando fijamente á la Baronesa.) Pero en fin, cuando usted lo dice... Me ha dado usted tantos consejos excelentes, que quiero seguirlos á ojos cerrados. Me voy á Rusia.

CAR. Ah! gracias!

BAR. Eso es.

FAB. (Con intencion.) Sí, porque recuerdo aquello que me ha dicho usted de los sabios muy ocupados...

BAR. Cuáles?

FAB. Aquellos que se quedan calvos ántes de tiempo...

BAR. Justo... bueno es acordarse...

ESCENA X.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. Victoria! Victoria!... (Entrando apresuradamente por la puerta derecha.) Sobrino de mi alma!... abrázame y mi enhorabuena!...

BAR. Pero y esa cama?

CONDE. Ahora, ahora voy... No se habla de otra cosa en la Opera que de tu nombramiento... Ministro en Madrid.

BAR. No, ya no vamos á Madrid.

CONDE. Cómo?

BAR. Porque ha elegido una embajada de la que usted no ha oido hablar nunca, amigo Conde.

CONDE. Cuál?

BAR. La de la sexta parte del mundo.

CONDE. Caramba! Y dónde está?

BAR. En cualquier sitio; para Fabieres en Rusia, para usted en la cama.

En la experiencia me fundo.
Deberes? muy bien; despues.
Ántes la fa : ilia; esta es
LA SEXTA PARTE DEL MUNDO.

FIN DE LA COMEDIA.

enicienta.
almadreno.
vicio.
de viento.
Correlargo.
o.
gimiento.
ni mujer.
s.
es.
ey René.
Murillo
le Catana.
a.
la vida.
ran.
iloto.
el campamento, ó
rica.
de la niebla.
atrimonio.
bel.
llo.
ieia.
ja.
da.
efundida.)
orina.
o.
de pájaro.
uelas.
lonia.
nparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre timido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!..:
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabjar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjur acion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en eusrte.
Una leccion reservada.
Un marido s nstuto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemarcpa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer mistoriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

oro
ua ley.
illadas
tana.
.
1.
ó el Alcalde pro-
a ópera.
maja.
telano.
arruecos.
tonera.
aval.
a lirico.)
a Rioja *(Música.)*
etorieres.
ipe.
ol.
o.
de un pollo
ldemoro.
¡animal!
le Mayor.
oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mundo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo:
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. *(Música.)*
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere basta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Egniluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Látiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldcte.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigo
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin Comp. y V. de Hered.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, cal de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, cal del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.